

cas *hanum!* ¡vosotras, bellas musulmanas, cultas, ingeniosas y gentiles, y no las inútiles perlas que brillan en torno de vuestras frentes, en medio de las frias pompas de los harenes!

¡Animo, pues! ¡El sol se levanta!

Para mí—y esto lo digo á mis amigos incrédulos—á pesar de ser viejo, no he renunciado todavía á la esperanza de dar el brazo á la mujer de un Bajá de paso por Turin, llevándola á pasear á las orillas del Pó, recitándole un capítulo de *I Promessi Sposi*.

IANGUEN VAR.

Hallábame precisamente fantaseando hácia las cinco de la mañana en mi cuarto del hotel de Bizancio, y así entre dormido y despierto, viendo á lo lejos la colina de Superga, cuando empezaba á recitar á mi *hanum* viajera:—"Aquel brazo del lago de Como, que vuelve hácia Mediodía entre dos no interrumpidas cadenas..."—(1) cuando se me apareció con una luz en la mano mi amigo Yunk, vestido... de blanco, y me preguntó:

—¿Pero qué ocurre esta noche en Constantinopla?

Presté oídos, y escuché sordo y confuso rumor proveniente de la calle, ruido de precipitados pasos en las escaleras, y un cierto murmullo que parecía ya de día. Me asomé á la ventana y distin-

(1) Son las palabras con que empieza la celebrada novela de Manzoni, *I Promessi Sposi*, que cita el autor al final del capítulo anterior.

guí gran gentío que se dirigía cuasi corriendo en direccion al Cuerno de Oro.

Salí á la meseta de la escalera y divisé en medio de la oscuridad á un camarero griego que bajaba los escalones de cuatro en cuatro, y preparándome para contenerle, lo sujeté por un brazo preguntándole:

—Dí, ¿qué diantre sucede? Y él, desasiéndose de mí bruscamente, respondióme:

—¡Pues vaya! *Ianguen Var*, ¿no habeis escuchado el grito? y añadió al desaparecer:—Mirad, mirad la cúspide de la Torre de Galata.

Volvímos á la ventana, y mirando hácia Galata, vimos toda la parte superior de la gran torre iluminada por purpúrea vivísima luz y una gran nube negra que se alzaba de las casas vecinas en medio de vertiginoso remolino de chispas, prolongándose rápidamente defumado hasta perderse en el cielo tachonado de estrellas.

De repente acudió la memoria á los formidables incendios de Constantinopla, especialmente al espantoso de hace pocos años... y nuestro sentimiento instantáneo fué de terror y de compasion.

Pero á seguida nos repusimos—y lo confieso y me avergüenzo—experimentando otro sentimiento egoísta y cruel:—la curiosidad del pintor y del *descriptor*!—Este ocupó el sitio de aquel... y...—tambien lo declaro—Yunk y yo cambiamos una

sonrisa que á haberla sorprendido Gustavo Doré, la habría aprovechado al vuelo para las caras de dos de sus demonios dantescos.

Y ¡ay! el que nos hubiese abierto el pecho en aquel instante: tropezara solo con una tabla y un lápiz en la region torácica de mi amigo, y en la mia con un tintero y una pluma.

Nos vestimos con la prontitud del rayo, y con su velocidad tambien bajamos á la ancha calle de Pera.

Mas... nuestra curiosidad se desvaneció: no habíamos aún llegado al pié de la torre de Galata, cuando el fuego ya estaba sofocado. Estaban acabando de quemarse y reducirse á cenizas dos casuchas, ¡esto era todo! y la gente principiaba á retirarse. Por todas partes se veían colchones y muebles, y un lago del agua de las bombas anegaba las calles de acera á acera, ó de pared á pared, mejor dicho. Y el espectáculo casi se redujo á contemplar algunos séres de uno y de otro sexo y condicion, que iban de acá para allá en traje... más ó ménos primitivo. Y ni aun de esto gozamos lo suficiente, porque la luz era opaca y ténue que precede al alba, y solo de los estremecimientos del frio se podía uno hacer cargo... y de infinidad de gritos inconexos en diversidad de lenguas pronunciados, y de ese rumor indefinible que subsigue al miedo cuando el peligro se desvaneció por completo, pero que convier-

te en roncadas todas las voces, como si antes se hubiesen helado las palabras en la garganta y con dificultad se articularan al desentumecerse.

Persuadidos de que «nuestro gozo cayó en un pozo», nos dirigimos al puente, para restaurarnos y consolarnos con la salida del sol desde aquel prodigioso sitio, ya que el hado adverso nos arrancara tan gratas ilusiones y tan (para nosotros, se entiende) risueñas esperanzas.

Aquí, asistimos á un espectáculo que bien valía el de un soberbio incendio.

El cielo comenzaba apenas á aclararse tras las montañas del Asia. Stambul, sacudida hacía poco por el anuncio de un fuego, había vuelto á entrar en la quietud solemne de la noche. Las riberas y el puente se hallaban desiertos. El Cuerno de Oro dormía. No se movía una barca, no volaba un pájaro, no se estremecía una hoja en los árboles, no se percibía ni el aliento de la respiración de alma viviente.

Aquella ciudad azul, muda y velada, parecía pintada en el aire trasparente y lúcido, y la ilusión decía al pensamiento que lanzando agorero grito de hechicero mago, se desvanecería en el ambiente para perderse en el espacio infinito.

Constantinopla no se nos había presentado jamás en un aspecto tan aéreo y misterioso; nunca se nos ofreciera tan vivamente en la magnificencia de aquella imagen fabulosa, soñada entre la

poesía del arcano oriental, relatada en sus historias, en sus leyendas, en sus tradiciones, tal como el peregrino la ve surgiendo de improviso ante su mente, para que después se borre la portentosa idea al contacto de la realidad que únicamente la presenta en lo que á su población se refiere, como petrificada, inmóvil, y en las actitudes varias de una vida alegre y laboriosa, impresa en parte por los extranjeros; visión poética aquella que se desvanece como al golpe de vara mágica de un Rey de los génius y los espíritus, que quiere vengarse del viajero que soñara en eterno manantial de poesía eterna.

Estábamos allá echados de bruces en un saliente de la balastrada, dejando correr la fantasía y admirando la realidad, cuando sentimos lejanos gritos hacía el Cuerno de Oro, como de gente que pidiese socorro, y después sucesivos y ya distintos alaridos de ¡Alá, Alá, Alá! que resonaron en el vano enorme de la rada silenciosa; minutos antes y al mismo tiempo percibimos de la opuesta orilla rumor siniestro que avanzaba á nuestro encuentro, producido por gran tropel de gentes que corrían presurosas aullando.

—¡Tulumbachí!—gritó uno de los guardianes del puente—(¡los bomberos!)

Nos echamos á un lado, guareciéndonos lo mejor que pudimos para no ser atropellados por aquella horda salvaje.

Pocos segundos despues, atravesaba el puente una legion diabólica de hombres semi-desnudos, con la cabeza descubierta, con el velludo pecho al aire, nadando en sudor, viejos, jóvenes, negros, blancos, gigantes, enanos, greñudos y rapados, todos con caras de asesinos y ladrones... y cuatro de ellos que precedían la hueste, cargados con unos aparatos de bomba, semejantes á ataúdes de niño, á la espalda. Iban armados de sendos hachones embreados, y unos llevaban cuerdas, otros picos, otros, herramientas varias, y gritaban desaforadamente, anhelantes, con los ojos dilatados, los cabellos al viento (aquellos que adornaban con tufos y guedejas sus cabezas), los harapos al aire tambien, impetuosos y empujándose recíprocamente al pasar el puente, y dejando tras sí el hedor de fieras que despedían sus cuerpos sudorosos, harto pronunciado á pesar de los baños y las abluciones.

Al desaparecer allá al fondo de la calle de Galata, desapareció con ellos los últimos ecos de ¡Alá! y nuevamente quedó sumida Constantinopla en el silencio.

La impresion que me produjo aquella imprevista aparicion tumultuosa y fulmínea en medio de la tranquilidad y del arcano tenebroso de la gran ciudad durmiente, no sé describirla. Solo sé que concebí, comprendí y ví en un momento mil escenas de bárbaras invasiones, de saqueos y de

horrores de países y tiempos lejanos, que hasta entonces mi imaginacion se había esforzado por representárselas al vivo, y que me pregunté si aquella era la ciudad, si aquello era precisamente el puente, sobre el cual de dia pasaban embajadores europeos, señoras á la moda de París y vendedores de periódicos franceses.

Trascurrido un minuto de profundo silencio, volvió á romper la calma del espacio un resonar clamoroso que venía de la parte del Cuerno de Oro, y otra turba descamisada y salvaje cruzó por delante de nosotros.

¡Idéntico espectáculo con todos los pormenores relatados!

Más tarde, se repitió la escena en todos sus detalles, y despues una tercera turba, y luego una cuarta, y una quinta, de minuto en minuto; y por último, el loco de Pera, desnudo de piés á cabeza, tiritando de frio, seguido de cien pilluelos y aullando todos, siguiendo las huellas de los bomberos y yendo á perderse con sus ininteligibles interjecciones en la orilla franca...; y la gran ciudad empezada á iluminarse en su corona por los primeros dorados rayos de la aurora, tornó á sepultarse en el silencio y la quietud.

A poco salió el sol y aparecieron en los alminares los muezzin, principiaron á removerse los esquifes, se despertó el puerto, comenzaron las oleadas de gente á invadir el puente, primero

como pequeñas ondas, que apenas se nota su movimiento; luego como grandes montañas encrespadas y rápidas en sucesion creciente, y nos volvimos al hotel de Pera.

Mas la imágen de aquella gran ciudad sumida en el sueño; de aquel cielo trasparente; de aquella paz solemne; de aquellas hordas silvestres, quedó en el ánimo tan arraigado todo, que á cada momento se levanta la estampacion guardada en los almacenes de la memoria y arraigada en el fondo del corazon con caracteres indelebles y con fuerza que no se debilita. Y cada vez que resucita en el pensamiento la imágen, experimento una sensacion extraña, entre alegre y medrosa, cual si se tratara de una escena vista en la Stambul de otros siglos, ó soñada en la embriaguez del *hachích* (1).

Así es, que si bien no ví un incendio en Constantinopla con mis propios ojos, conocí en cambio á tantos testigos presenciales del famoso que destruyó á Pera en 1870, y recogí tan minuciosos antecedentes, que puedo asegurar que lo ví con el entendimiento, y me atrevo á describirlo

(1) Preparacion usada en Oriente para embriagarse, compuesta de cáñamo, manteca y azúcar.

quizá con no menor exactitud que si hubiese sido uno de tantos espectadores.

*
*
*

La primera llama prendió en una casilla de la calle Feridié, en Pera, el día 5 de Junio de 1870; estacion en la que gran parte de la poblacion acomodada de Constantinopla se traslada al Bósforo, donde mora en casitas de campo y caprichosas alquerías, y á la hora de la siesta, momentos en los cuales descansa todo el mundo, incluso los europeos.

En la casa susodicha habitaba únicamente una antigua criada, ya vieja, puesto que la familia marchara al campo aquella misma mañana. Tan pronto como se dió cuenta del incendio, la pobre mujer salió á la calle gritando ¡fuego! y al punto acudió gente de la vecindad con bombas é instrumentos y cuanto hallaron á mano, porque afortunadamente, ya se había suprimido la insensata disposicion que prohibía acudir á los incendios antes de la llegada de los empleados del Serasquier y oficiales del gobierno de provincia. Como es natural, todo el mundo se precipitó á la

fuente próxima para proveerse de agua con cubas y barriles.

Mas las fuentes públicas de Constantinopla, á las cuales concurren los aguadores para distribuirla en el barrio, se cierran pasada cierta hora con llave, no pudiendo abrirlas el empleado que las custodia sin permiso expreso de la autoridad competente. En aquel instante hallábase por acaso un guardia turco del municipio de Pera, que tenia la llave en el bolsillo, permaneciendo impasible espectador del fuego.

La multitud lo acosa, le pide que abra la fuente, y el imperturbable funcionario rehusa la petición mientras no reciba la orden.

En vano á las súplicas suceden las amenazas. Se encastilla en el cumplimiento de su deber, y afirma que solo le arrancarán la llave despues de arrancarle la vida.

Entretanto, el fuego se comunica á las casas de la manzana; se propaga rápidamente de casa en casa, así como la noticia del incendio cunde por los ámbitos de la ciudad á medida que invade el feroz elemento otras construcciones próximas, salvando las llamas los vanos de las calles, cual sino hubiera, entre casa y casa, solucion de continuidad, y fuesen todos los edificios una sola y única apiñada manzana.

Desde lo alto de los alminares, desde las torres del Serasquier y de Galata, desde las cumbres

de las colinas, ya divisa la poblacion entera los progresos del voraz incendio, y en las azoteas de los alminares y en las puntas de los minaretes, aparecen ya los toldos purpúreos y las banderas rojas, señales distintivas del fuego, y divisa para que acudan los bomberos durante el dia. Los guardias corren por las calles desempedrándolas con las conteras de sus largos bastones, que sacuden fuertemente contra las piedras para avisar al paso al vecindario, y gritan el siniestro aullido de—*Ianguen var!*—¡hay fuego!—al cual responden los tambores de los cuarteles con continuados redobles.

El cañon de Top-hané anuncia el peligro con tres disparos que resonaron del Mármara al Negro, y el Serasquierato, las Embajadas, el Serrallo, Pera y Galata en masa, se preparan á la defensa con general desconcierto.

Minutos despues llegan á galope el Ministro de la Guerra, largo séquito de oficiales, ejércitos de bomberos, y principia el trabajo con la fiebre del frenesí.

La primera tentativa resultó inútil.

Las estrechísimas calles no consienten manobrar con ligereza; las bombas no sirven; el agua es escasa; las fuentes se hallan relativamente lejos; los bomberos, mal disciplinados; y como casi siempre acontece, más dispuestos á su comodidad y á su interés, que al heroismo del sacrificio y al

olvido de la ganancia; la confusion crece y con la confusion los desórdenes, los robos y el saqueo de los mozos obligados al trabajo sin pertenecer al cuerpo de bomberos; faltan brazos, porque gran número de obreros y jornaleros se hallan de fiesta, en la que se celebraba en Beicos...

Y debe notarse que gran parte de las casas, á la sazón eran de madera, y que hasta las de piedra y fábrica—como son ahora la mayoría—tienen los techos ligeros, defendidos por pocas y malas tejas, y por ende fáciles de prender.

Ni aun la ventaja que ofrece el carácter flemático y de gran apatía—dado su fatalismo—de las razas orientales, se presentaba en aquel caso para favorecer que se cortase y aislase el fuego; se trataba de una poblacion europea, y por tanto, si más activa para acudir al peligro, ménos adecuada para extinguir el incendio por su temperamento impresionable, unido al miedo de la muerte. Los turcos no harán mucho; empero, no estorbarán tampoco en casos análogos, supuesto que estiman en poco la vida y no se afanan gran cosa en conservarla.

La poblacion cristiana era, pues, un inconveniente.

El fuego no abrasaba sino pocas casas que abrazaba con su lengua en lúbrico torbellino; pero en las calles inmediatas, el temor á la propagacion llenó el suelo de muebles que impedían el

paso de las escuadrás de trabajadores; y ni amenazas, ni gritos, ni órdenes, ni castigos, contenían el contagioso delirio del pavor.

A la hora de haberse iniciado el desastre, toda la calle Feridié estaba ardiendo por entrambos lados y los oficiales y bomberos retrocedían vencidos por las llamas, sin la esperanza de aplacarlas siquiera y dejando á su retirada siniestra, muertos, heridos y contusos.

Para mayor desgracia, corría un viento fortísimo que abatía las llamas de la hoguera sobre los techos de las casas, serpeando á rastras sobre los techumbres, en vez de elevar su roja lengua el incendio hácia las nubes; flamíferas superficies horizontales lamían la corona y cerramientos de los edificios á manera de diabólicas telas ondeantes que cubrían las cabezas de las casas de fuego y los cimientos en las calles de asfixiante humo. De este modo, el fuego cundía como inundacion de lava volcánica ahogando de arriba abajo cuanto á su marcha se presentaba.

Así, el encenderse de las construcciones era tan instantáneo, que las familias que creían contar con suficiente espacio para recojer sus joyas, dinero ú objetos queridos, les sorprendía en la faena presurosa el fuego, cayendo sobre las personas los techos cuando ménos lo esperaban, y no sin esfuerzo salvaban la vida abandonando lo que no quisieron perder.

Tan momentánea acción del elemento devastador, conducía el pensamiento á la idea de si las casas estarían untadas de materias resinosas y las llamas dirigidas por manos invisibles, llegando hasta el suelo las oleadas terribles, como si no satisfechas con quemar las casas, buscasen en las calles estrechas, víctimas humanas, al surgir repentinamente por ventanas y puertas, por todos cuantos vanos hallaban en su insaciable curso.

El mar de fuego verifica ya la irrupcion de sus ondas desde la calle Feridié á la de Tarla-Basci, vuelve atrás luego y como torrente penetra en la de Misc, inflama en un abrir y cerrar de ojos el barrio de Agá-Jiami, ni más ni ménos que si se tratara de un bosque seco, y sigue su veloz carrera por la calle de Sakes-Agatsce, la de Kalinchi-Kuluk, y de vía en vía cubre de fuego la cumbre entera de Yeni-Sceir, mugiendo con tremebundo estrépito por la calle mayor de Pera.

No había únicamente mil incendios que apagar ó sofocar, mil enemigos esparcidos á quienes combatir y contrarestar.

No, nada de eso. La forma en la cual crecía y se desarrollaba, le hacía doblemente terrible. Surgía de aquí y de allá y no había medio de aislarlo. Prendía de punto en punto donde el viento lo

llevaba, y por el resultado, creerfíase que eran golpes insidiosos de mano de enemigo oculto borrando la huella de sus pasos para evitar que se le siga la pista, y con la impunidad conseguir sus horrosos planes.

No existía ya núcleo: convirtióse la chispa inicial en centenares de cráteres que arrojaban lava incesantemente, cruzándose, reuniéndose, retirándose, precipitándose, esparciéndose en lagos de fuego con la velocidad del rayo, que no permitía ni prevision antes ni auxilio luego.

Al cabo de tres horas, ardía la mitad de Pera.

Miles columnas de humo rojizo, sulfúreo, blanco, ceniciento, negro; huían, avanzaban, retrocedían, yendo á perderse en las lejanas colinas entenebreciendo y tiñendo de siniestros colores los vastos barrios del Cuerno de Oro. Por todos lados un trastorno horrendo se esparcía al propio tiempo que un torbellino furioso de chispas y cenizas; el viento llevaba á las casas todavía intactas, montones de brasas, de áscuas y de cenizas, que prendían fuego por doquier y las calles ya se encontraban cubiertas de tizos y resíduos de la catástrofe, semejantes á restos de metralla.

Las vías todas de comunicacion entre los cuarteles encendidos, se reducían á grandes hornos de combustion, donde las llamas constituían cerrados pabellones que despues se precipitaban con horrísono ruido por el primer sendero que el aqui-

lon les señalaba, arrastrando en espesa nube vigas ardiendo, armazones de techos convertidos en tizones, que iban á caer acá y allá hasta el mar á veces, cuando la fortuna impulsaba la temible carga; y vidrieras, cierros enteros de cristales arrancados de cuajo, balcones, techumbres, minaretes, kioscos de madera iban donde Eolo los condujera, cayendo y derrumbándose con espantoso estruendo, como lluvia infernal producida por un volcan y contestada por un terremoto.

Veíanse cruzar volando por los caminos todavía accesibles, á manera de espectros, iluminados por fatídicos resplandores, lanceros á caballo tendidos sobre el cuello de sus corceles, y éstos arras-trando casi el vientre por el suelo ¡tal era la ligereza de la carrera! llevando y trayendo órdenes del Serasquierato; oficiales del Serrallo, con la cabeza descubierta por haber arrojado el fez achicharrado; caballos cuyos ginetes murieron, atravesaban con la velocidad de una pluma en el huracan; pelotones de mozos cargados de despojos; manadas de perros aullando con ecos lastimeros; turbas anhelantes y sudorosas que escapaban del peligro conduciendo heridos, ó restos del botín, ó cadáveres calcinados, y todo cruzaba y desaparecía como procesion de condenados.

Hubo un momento en el cual se vió al Sultan Abdul-Azís, inmóvil á caballo, acompañado de su séquito en la embocadura de una calle ardiendo en el cuartel de Agá-Jiami, pálido como la muerte, con los ojos asombrados y fijos en las llamas: cualquiera creería al mirarlo que repetía para sí las memorables palabras de Selim I:

—«¡Hé aquí el sopro ardiente de mis víctimas! ¡Lo veo, ya lo veo claro, destruiré la ciudad, mi Serrallo, y hasta me destruiré á mí mismo!»

Y á poco desapareció envuelto en una nube de cenizas y humo, puesto á salvo por sus cortesanos, á todo correr.

Todo el ejército de Constantinopla y la innumerable turba de bomberos, se hallaba en movimiento continuo, cerrando el paso á unos, procurando el acceso á otros, vigilando y trabajando en incansable fatiga, bajo la direccion de los Visires, de los empleados de la córte, por los Bajás y los ulemas.

En algunos sitios, para cortar los progresos del fuego, libraban formidables batallas con las llamas; y ganando casa tras casa, llegaban á lugares de donde no podían retroceder, y vencidos y derrotados por el enemigo, caían quemados ó emprendían la retirada en desórden, dejando paso